

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO,

Nº 5, AÑO VII, 5 de noviembre, 2017

El seguimiento fiel del GRAN MANDAMIENTO, consigue efectos sorprendentes en el servicio a los demás. El amor a Dios y al prójimo juntos, dan lugar a resultados admirables al plasmarse en obras y acciones en favor de los más desfavorecidos. Así es el caso de José Benito Cottolengo.

El 3 de mayo de 1786 vino al mundo José Benito Cottolengo. La infancia y adolescencia del muchacho estuvieron marcadas por los avatares trágicos de la Revolución Francesa, que estremeció al Piamonte casi tanto como a la misma Francia, y por la posterior invasión napoleónica que sujetó toda Europa a su dominio. Encontrándose su tierra sometida al imperio francés, José Benito debió cursar sus estudios sacerdotales en la clandestinidad. El 8 de junio de 1811 fue ordenado sacerdote, y en 1816, se doctoró en Teología.



Por entonces ocurrió un hecho que le marcó. El 2 de septiembre de 1827: una humilde mujer de origen francés que viajaba desde Milán a Lyon con su esposo y sus tres hijos, llamó a las puertas de su parroquia en busca de auxilio. La mujer se hallaba en el sexto mes de embarazo y enferma grave necesitando urgente atención. Benito al verla tan mal la condujo en su carruaje hasta el hospital de tuberculosos, pero allí la rechazaron por tratarse de una extranjera. Además, dada su extrema pobreza, no podía costearse ningún tratamiento. La llevó a otro hospital, el Hospicio de Maternidad, sin resultados. Hizo nuevos intentos en otras instituciones sanitarias pero todo fue en vano: la pobre mujer expiró en sus brazos tras una larga agonía. Tremendo fue su dolor al ver los rostros desolados del marido y los tres niños, ahora huérfanos. "Esto no puede volver a ocurrir. Debo hacer algo para que la gente desamparada tenga un sitio al que acudir", pensó Benito.

El 17 de enero de 1828 alquiló una sencilla habitación y en ella instaló cuatro camas, abriendo un pequeño hospital. Lo asistían un médico y un farmacéutico bajo la atenta dirección de una rica viuda de la región que efectuó los primeros aportes a la nascente obra. La institución al cabo de tres años contaba con 210 internados y 170 asistentes. Necesitado de más colaboración fundó una congregación dedicada exclusivamente a

prestar asistencia al hospital y designó superiora a Mariana Nasi, la rica viuda. En 1831 estalló una epidemia de cólera que azotó a Turín. Las autoridades, temerosas de que el hospital se convirtiese en un centro de propagación, ordenaron clausurarlo y dejaron una vez más a los pobres enfermos totalmente desamparados.

Lejos de amilanarse, Cottolengo se encaminó al barrio de Valdocco, y allí fundó la Pequeña Casa de la Divina Providencia que habría de convertirse en un gran hospital para 10.000 pacientes. Sobre sus puertas puso las palabras de San Pablo: "La caridad de Cristo nos anima". Inauguró nuevos pabellones. Así vieron la luz la Casa de la Esperanza, la Casa de la Fe, la Casa de Nuestra Señora y el Arca de Noé, para pacientes paupérrimos. El pabellón denominado Amigos Queridos fue destinado a los enfermos mentales, siguiéndole el de los huérfanos, los inválidos, los desamparados y los sordomudos. Tal fue la grandeza de la obra que un escritor francés de visita en Turín, manifestó asombrado: "Esto es la universidad de la caridad cristiana".

El Padre Cottolengo solía gastar todo cada día sin guardar nada para el siguiente. En cierta oportunidad le dijeron que no había alimento para los enfermos. El padre Benito reunió a la comunidad y preguntó si alguno tenía dinero. Cuando alguien le dio un par de billetes los arrojó por la ventana. Poco después llegó desde la ciudad todo lo necesario para los internados. Otro día ocurrió un hecho similar. No había nada para los pacientes. En vista de ello el santo se retiró a rezar, con algunos miembros de su comunidad y enfermos. Enfrascado se hallaba en sus oraciones cuando cerca del medio día se detuvieron frente al hospicio varios carros del ejército con la comida que los regimientos no iban a utilizar por encontrarse en maniobras a mucha distancia.

Tanto trabajo y tanta vocación, minaron la salud de Cottolengo. Intuyendo que su fin estaba cerca, escribió al conde Castegnetto manifestándole, que temía llegar a la siguiente Pascua sin ver extendida la mano de Dios sobre la Pequeña Casa. Hacía alusión a un importante crédito que se debía cubrir y que lo tenía sumamente angustiado. Y una vez más el Señor respondió a su pedido ya que a los pocos días el rey Víctor Manuel le envió por sorpresa 5.000 liras, seguidas de otras 36.000 que le dejaba en herencia el canónico Valletti. Para la Pascua, ¡el crédito estaba cubierto!

En 1842 la peste de tifus se abatió sobre Turín, José Benito enfermó y el 30 de abril falleció, a los 56 años de edad, después de recibir la Unción de los Enfermos en Chieri, el día anterior. El 29 de abril de 1917 el Papa Benedicto XIV lo declaró beato y el 19 de marzo de 1934 Pío XI lo proclamó santo.